

Antonio Colomina Riquelme

ORIHUELA, DULCE PUEBLO

Un paseo por la ciudad oriolana de los años 50 y 60,
a través de los recuerdos de su autor.

Título: Orihuela, dulce pueblo.

Autor: Antonio Colomina Riquelme

E-mail: antoniocolomina@ono.com

ISBN: 84-8454-480-X

Depósito legal: A-46-2006

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 965 67 61 33

C/. Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

*A Mari Carmen, mi querida esposa,
que tanto me ha apoyado hasta
ver la luz este libro.*

*También a mis tres hijos:
Auxi, Miguel Ángel y Mamen,
por sus constantes muestras de ánimo,
cada uno a su manera.
Con todo mi cariño.*

PRÓLOGO

Un pueblo no sólo es un pueblo, sus calles, sus tierras, su cielo, su historia y sus gentes. Un pueblo vive y se multiplica en cómo lo recordamos, en las íntimas memorias de cómo le dimos vida, recuerdos que tejen en secreta artimaña la esencia de cada pueblo.

Y eso pasa con Orihuela, que, como las leyendas, nunca muere porque tiene mucha adrenalina de vidas vividas con sencillo apasionamiento. Todos tenemos querencias de cada lugar de cada uno, vale, pero para los oriolanos el derecho a emocionarse con su pueblo es bastante extendidamente un privilegio muy apreciado; hay que pensar que es una sana predilección por la patria chica más que una egolatría, pero para gustos se hicieron los colores.

Y para muestra se hicieron los ejemplos, como este óptimo ejemplo de saber recordar y escribir recuerdos tan populares y ricos de la Orihuela de mitad del siglo XX que nos ofrece en sus artículos el oriolano Antonio Colomina Riquelme. Vive en Alicante, y seguramente ese “exilio” de corta distancia le ha permitido guardar limpios los recuerdos pero no perder los lazos, la visita y el cariño. Si unimos esa circunstancia vital a un carácter abierto al mundo y a sus cosas y a una pluma ágil y directa, el plato está servido: el libro “Orihuela, dulce pueblo” que tiene en sus manos recoge 24 artículos escritos con esa fórmula magistral por Antonio Colomina sobre aquella Orihuela que vivió. Los artículos fueron publicados entre febrero y septiembre de 2005 en la Revista Orihuela Digital, constituyendo una de las colaboraciones de nuestra publicación digital que más felicitaciones de lectores nos ha devengado. Pero Antonio no quiere elogios, y por tanto dejemos que la objetiva justicia del

lector libre juzgue con su lectura y con las 45 fotografías antiguas exclusivas que completan la labor.

Sin duda el lector encontrará relatos amenos sobre la Orihuela de las décadas de 1950 y 1960, verá el oriolano que vivió aquella época cómplices líneas de aquellos tiempos. El que no conoció aquel tiempo, podrá asombrarse con el rico pasado costumbrista de un pueblo peculiar e infatigable, sea o no oriolano el amable lector. Antonio Colomina vivió su niñez, seguramente inquieta y bulliciosa, junto a la Cuesta del Seminario, donde comienza la carretera que desde Orihuela sube empinada por el Monte de San Miguel al que abraza la ciudad. Desde allí pudo ver y vivir lo que nos cuenta en sus artículos, como el Oratorio Festivo y el Padre Antonio Roda hasta los veraneos campesinos en La Murada. Recuerda, y nos recuerda, cómo era la Lonja, la Plaza de Abastos, la Calle Mayor o eso de bañarse en el Río Segura.

Dando una “Vuelta a los Puentes”, nos lleva al Teatro Circo de Orihuela de finales de los 50 y la gran afición a la zarzuela que acogía, tal vez por influencia del barítono oriolano Pedro Terol, de fama internacional en aquellos tiempos, y paseando luego por la Semana Santa, los comercios, las sastrerías o la Gira de los Barberos cada año a Murcia por la Virgen de la Fuensanta, nos lleva Antonio a un sinfín de historias, anécdotas y costumbres de la Orihuela de hace 50 años que ahora quedan aquí, en este libro, materializadas para el sumo agrado de quienes lo lean o lo reciban como regalo antes de leerlo también.

Nota: Tanto la directora de la Revista Orihuela Digital, mi compañera Pilar Girona Gutiérrez, como yo mismo, queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a Antonio Colomina Riquelme tanto por habernos brindado todos éstos artículos durante éstos últimos ocho meses (porque nos gustan, y sabemos que gustan a nuestros lectores, y nos ha ayudado mucho), como por la generosa reseña hacia nuestra Revista en este libro.

Fdo.- Pablo Riquelme Ballesteros

NOTA DEL AUTOR

Cuando comencé a escribir mis artículos para la Revista “Orihuela Digital”, estaba muy lejos de pensar en que dicho trabajo cristalizaría en una publicación impresa en papel y que llegaría a las librerías de mi querida ciudad, de toda España e incluso del mundo entero a través de Internet.

Esta obra es una recopilación de mis artículos publicados, ampliados y en algunos casos rectificados; enriquecidos con 45 fotografías exclusivas de Orihuela que lo ilustran, que no dudo serán del agrado de los lectores.

No pretendo hacer con este libro un relato exhaustivo de la historia reciente de Orihuela, tampoco he recurrido a hemerotecas o archivos. Todos los nombres, situaciones y relatos contenidos en este volumen, son fruto sólo y exclusivamente de mi memoria, por lo que pido disculpas anticipadamente a las personas que puedan sentirse afectadas por error de defecto u omisión que detecten en el mismo, siempre involuntario por mi parte.

Antonio Colomina Riquelme

*Orihuela dulce pueblo,
donde tengo yo mi amor.
Y dile que no me olvide,
que muy pronto volveré yo. [...]*

(Cancionero popular oriolano)

(I)

SASTRES

Contaba Orihuela en mi niñez con una gran tradición en el vestir. Los hombres acostumbraban a estrenar traje, abrigo o prenda similar en Navidad y, el día del Corpus, traje de verano. El oriolano ha sido muy entendido en cuanto a ropa se refiere. Sabia distinguir un paño de “Tamburini” de otro análogo y era muy meticoloso en lo referente a la confección, por eso no es de extrañar que un día de Navidad se convirtieran los Andenes en la “Pasarela Cibeles”, todo el mundo iba de punta en blanco.

Si tenemos en cuenta que los días festivos era indispensable vestir traje y los días laborables era obligatorio para empleados de banca, funcionarios, dependientes y otros, no era de extrañar que proliferasen los sastres por todas partes. En una ciudad como Orihuela que por entonces andaría por los quince mil habitantes; con una vuelta a los puentes un poco amplia, podía contarse una veintena de sastrerías. A riesgo de dejarme alguna en el tintero podría citar de memoria comenzando por la calle Mayor las siguientes: Almira, Moya, Abad, Guillermo, Córdoba, Moreno, Pérez, Alfaro, Valeriano,

Pardines, Expedito, Zambrana, Vera, Tono, Pina, Gildo, Escudero, Salvador (“Charlot”), Joaquín (“El Boca”), Matías, Ismael (“El Rondoyo”). (...)

Todos los talleres tenían al menos seis empleados, chicos y chicas, algunos como Guillermo hasta veinte.

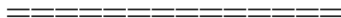
Con todo, si uno quería estrenar en Navidad debía apresurarse a hacer el encargo en el mes de Octubre, de lo contrario corría el riesgo de que su pedido no se llegara a realizar para tan señalada fecha.

El oriolano de entonces era elegante y se fijaba mucho a la hora de elegir sus paños y el sastre que se lo iba a confeccionar; de hecho, no era raro que cuando alguien estrenaba una prenda, los amigos en un exceso de confianza le abriera con delicadeza la americana y dirigiera su mirada hacia el bolsillo interior donde iba cosida una etiqueta que ponía: “Sastrería tal”. De ahí que, para los sastres la mejor publicidad la tenían en el trabajo bien hecho, se esmeraban al máximo, los clientes se encargaban del resto.

Los sastres de Orihuela tenían fama dentro de la profesión, cuando un oficial de esta labor se desplazaba a Madrid o Barcelona para asistir a la academia de corte “La Confianza” o “Rocosa” (según el lugar), tenía que buscarse trabajo en talleres de aquellas capitales y por la noche acudían a las clases; nunca lo tenían difícil pues diciendo que el oficio lo habían aprendido en Orihuela eso ya era una carta de recomendación, el trabajo estaba asegurado.

Es una pena que este gremio haya ido desapareciendo,

pero no olvidaremos nunca que Orihuela tuvo su esplendor en este oficio artesanal.





Año 1958. Taller de “Sastrería Zambrana”, en Plaza Nueva.
(Col. A. Colomina).